

Es perverso el idioma pero es envidia de mi cuerpo. / Otros os engaños con la esperanza”, escribió Antonio Gamoneda en su libro *Descripción de la mentira*. Sobre la poesía intimista y autorreferencial de Gamoneda, Miguel Casado dijo que “más allá de (ofrecer) los datos, lo biográfico atraviesa la obra, activa la tensión fundamental entre la autonomía del texto y la referencia, otorgando a las palabras un carácter documental y una sostenida libertad de testimonio.” Si partimos de esta premisa, *La Santa* podría ser una novela en verso. Como siameses, Libro I y Libro II se correlacionan, se ayudan, se exigen actividades y silencios a razón del proceso de interiorización y convergencia de géneros y épocas de las que el poeta se ha alimentado. Por ejemplo, quienes gozan un acercamiento con el poeta, pueden leer más allá de estos datos:

Pero mi pierna en mí no nos
 [conformamos
 con la voz de afuera, con el solo
 [murmullo
 después de la lluvia.
 La pierna también quiere cantar...

Supongamos que *La santa* es una novela con una suerte de autobiografía, no narrativa ni tampoco referencial de modo directo, las cuales serían groseras y resultarían impostadas: pero sí un libro entretendido en su constancia de imágenes y de núcleos de interés en los elementos (que se tornan emblemáticos), las figuras y personajes relevantes. Cada poema está dividido en diversos cantos, en diversos poemas-serie contenidos en el poema-título. Aclaro: no hablo de poemas seriales donde todo es la misma flor y sólo cambia algún tono, tamaño o aroma. No. Que quede claro que cada poema es una muñeca rusa que contiene a otras muñecas rusas. Juego inherente para la dinámica del *querer-decir*. En *Política de la amistad*,

Jacques Derrida explica que “toda asociación, toda lógica, no se reduce a la ‘asociación’ y a la ‘lógica’ preescritas por los acontecimientos conceptuales y semánticos en un contexto reglado por el *querer-decir*.” O sea: cada poema-serie sabe más —en conocimiento y en sabor— que los títulos en los cuales están concentrados. Incluso que el eterno *querer-decir* del poeta.

Dentro de cada poema-serie se pueden hallar muchos relatos, historias interconectadas, símbolos metamórficos perfectamente ubicados en ambos libros, cuentos encadenados. Por ejemplo, en el poema titulado “Infancia”, del Libro I, resalta la presencia del padre que luego reaparece en el poema “Fin de cuento”, del Libro II, donde la voz poética se ha transformado en personificación paterna; esto mismo sucede con la referencia de la infancia vivida en una cocina donde después la voz declara su profesión (la de poeta) en avatares de duda y coraje inclinado sobre una mesa.

Estos metarrelatos fluyen desdoblándose en pinturas (la presencia de Leonardo, la dinastía Brueghel, el poema-serie “Museo”), en señales (como la escritura de Nadie en mayúscula), en evidencias de relectura (la reconstrucción de los poemas-series “Infiernos” y “Musas”, publicados anteriormente en *Deseos* (Conarte-Mantis Editores). El poder de interiorización que alcanza Villarreal, posee las características de la fuerza centrípeta, misma fuerza que tira un objeto determinado hacia el centro. En *La Santa* no se trata de una fuerza sino de una forma centrípeta donde los metarrelatos giran en torno a la trascendencia: el ritmo afilado y construido como un gran cuchillo que marca su sonoridad poderosa, las imágenes de polos tan diversos como el espectral o el de vívida contemplación visual-auditiva y sus discursos con cargas anecdóticas de verdadera intimidad. Gonzalo Rojas bien dijo que “lo permanente

lo fundan los poetas”. Hay palabras que hacen mella cuando el lector profundiza. Personalmente no soporto los diminutivos en la poesía excepto si se trata de Gerardo Deniz o del mismo Rojas. Mal pensé cuando leí “bajito”, “silencito”, “quietecito”, pero al continuar sus revelaciones eran eminentes, Villarreal supo darles vueltas de tuerca:

Así de fino, de silencito y quedo
 [agujereando mis sienas,
 la bola de cristal, el metal
 donde los ahogados se recogen,
 [mudan sus dientes.

Octavio Paz dijo que “la poesía es entrar en el ser”. Advierto que de eso se trata *La Santa*, en donde todo está presente, justo, henchido de sí mismo. Además de los diminutivos me encontré con palabras en desuso como “infelice”, o declinaciones que recuerdan las primeras conjugaciones en la infancia pero que a la vez están precisas en su significado según el diccionario como “rompido”, o con el cambio de género en el artículo para simular las formas de hablar de las rancherías o del habla popular, por ejemplo, “la color”. Estos encuentros señalan una forma de creación directa con el todo que es el libro, ya que Villarreal invierte su vuelo en búsqueda de “el diamante expresivo”, concepto que me dijo al oído Gonzalo Rojas. Sí, esto fue en mi novela. Y enseguida Rojas, atinó a decirme que “la poesía es sólo conducta”. Y reflexionando sobre esto puedo afirmar que Villarreal es un poeta con conducta, con oficio y entrega.

En el libro, las claras referencias a la santificación y/o santificados aparecen marcando el oleaje, haciendo guiños de ánimo, complementando esa huella acertadamente femenina, quiero decir: metonimia del título del libro y resignificación cuasi medular de dicho concepto-discurso, siervas del ‘estirtu’ santo de la revelación

perpetua. Villarreal con ironía agónica afirma lo que antes había dicho Gamoneda: “la poesía fundamentada en el sufrimiento genera también placer”:

Ametrallada, en la luna del pozo,
[te encuentro,
ruinosa ya
como remedo de santa con las
[velas apagadas.

Más adelante, encontramos que la santa se vuelve perfume en las ropas cómodas de casa del que está a punto de la huida. En ese momento el poema alcanza una construcción donde no sabemos quién persigue a quién ni cuál el delito. Sin embargo, las palabras, los dardos, la acción, el canto. Al seguir el texto nos sorprende el cierre pues descubrimos ese pasaje bíblico en donde Lot protege a los ángeles de los sodomitas. De un excelso “relleno rico barroco”, afirmo que lo clasificaría Gerardo Deniz:

Ser ella asustada y muy crecida,
[ardiendo
en seminal río de hombres que se
[matan, que buscan el arma y
a centímetros disparan. Con
[sangre en la pared, en el piso, en
la huida, en la subida, en el frío, en
[el miedo, en la hojarasca,
en la culebra la soledad de la roca;
de no encontrarse, reconocerse en
[tanto desespero
que lo coge por los huevos, que lo
[avienta en la arena, que le
da de palos, azota y encuera antes
[de entregarlo,
antes de bajar por la voz del
[patrón que le dice lo va a
ayudar, lo va a sacar, lo va a
[mandar de vuelta
a donde la brisa de sus santos
lo espera en la ropa de su mujer
[(la de antes), en la
risa de los hijos que lo reconocen
bajar y entregarse como
la Biblia canta sosteniendo el
[cuchillo en alto, apretando

el pecho, las nalgas; a punto de
[dar la puñalada con la misma
entrega con que dice no
y cierra la puerta y defiende a los
[ángeles,
los guarda sólo para él. Con la
[misma malasangre que le exige
el sacrificio, su fe, el amor por ella,
[por la que busca la
escopeta, llega hasta él,
dispara.

Ocurre que el significado se concentra en la búsqueda y el dolor de la santa, pues surge el reconocimiento cuasi fantasma con el pasado paterno cuando la voz poética trata de poner un orden entre los papeles —acaso

poemas o una novela inconclusa— que son su vida y los que forman la vida del padre:

Habría sido el complemento,
el carbón bajo las plantas del
[santo, el hombre
a la orilla del mundo, el sordo
[morador de los anillos.

Además de la santidad que se presenta tácita en el poema, existen versos donde el hermetismo y la metonimia y el “instinto pulido” logran cruzar a “la otra orilla” de la que Octavio Paz habla en *El arco y la lira*, refiriéndose al acto de purificación del lenguaje poético por

CABALLERÍA

TÍTULO: *La Santa*

AUTOR: José Javier Villarreal

EDITORIAL: Fondo de Cultura Económica

AÑO: 2007



DE LA SANTA y su automitología

armas singulares del pensamiento y del sentimiento. Incluso no es gratuito que anteceda a “Poemas Morales” una cita de Wystan Hugh Auden, poeta íntimamente ligado con el desengaño religioso y con la liturgia inadvertida de la muerte y del amor:

Y cuando su boca sintió los
[hechizos de las ramas
quiso comulgar con flores, con
[colores desvaídos.
Después se acurrucó
para soñar un rato con la tarde ya
[perdida.

El libro convoca una presencia que se va definiendo sutilmente como su centro de forma centrípeta: la búsqueda, la pérdida, la ausencia, la nostalgia del amado-amada. Severo Sarduy dice que “cuando un amante pierde al otro ocurre una perdición mutua, pues el amante buscador no existe desde que tampoco existe su objeto de deseo.” Sin embargo, nos queda la mirada: el deseo poético. También queda una sombra, una santa sombra que infelice canta para entregarse a la pérdida, quizá aún estando junto al objeto de su deseo. El poema “La santa” (mismo que nombra al libro) es un tríptico que nos ofrece escuchar tres diferentes focalizaciones. *La santa* es un canto, el mismo que ha estado arando el lenguaje, transformando sus metales blandos en fuego para construir un pájaro (y no una jaula). *La Santa* de José Javier Villarreal es la consagración del instante y no su fingimiento. Sin duda, su título inyecta el debate religioso y las clásicas referencias, pero no olvidemos que aunque haya tantos relatos contenidos hasta el punto de ensayar una novela: *La Santa* es un libro de poesía que deliberadamente nos asocia con lo sagrado (esa otra forma de lo existencial) pero en un sentido estrictamente enraizado con la revelación poética, con el goce. La experiencia poética, dice Octavio Paz, es la otra experiencia

religiosa, misma que es un salto mortal, que es también un regreso a nuestra naturaleza original, a esa sala de espera de la muerte. O sea: a la santidad que cada uno de nosotros tuvo —y tiene— cuando el paraíso y cuando, en el tiempo que

sea, nos encontremos de frente, sobrevolando, cruzando el instante en el cual ejecutemos el salto mortal a la incandescencia poética.

Óscar David López

CLÁSICOS de la Universidad



TÍTULO: Colección Lecturas Universitarias. Nuestros Clásicos
AUTORES: Varios
EDITORIAL: UANL
AÑOS: 2006-2007

La historia y la cultura de Nuevo León, vinculadas a la universidad pública, han encontrado en la colección Nuestros Clásicos una forma de mantener vigentes obra y pensamiento de personajes que hicieron visible la atmósfera cultural de esta ciudad. Es el caso de Felipe Guerra Castro, Pedro Garfias, Fray Servando Teresa de

Mier, Alfonso Reyes y José Eleuterio González, en la primera entrega.

Toca el turno a cinco nuevos títulos: *Imaginavidas* de Irma Sabina Sepúlveda, *Vida profunda* de Porfirio Barba Jacob, *Miraje de Sor Juana* de Francisco M. Zertuche, *Teodicea* de Agustín Basave Fernández del Valle y *El bolillo escéptico* de José Alvarado.

La edición de estos volúmenes permite al lector acceder a temas misceláneos como la poesía, la filosofía, el cuento, la crónica, la semblanza periodística y el ensayo literario.

Autor de culto es Porfirio Barba Jacob, quien en realidad se llamaba Miguel Ángel Osorio pero se hacía llamar además Ricardo Arenales y Maín Ximénez. Controvertido periodista, fundador de diarios y revistas. Uno de ellos todavía se mueve, se llama *El Porvenir* y fue durante años realmente el periódico de la frontera.

Poeta trotamundos, su estirpe es la de los poetas malditos, sobre todo en países como Colombia, su tierra natal, y México, donde murió. Desfasado en su estilo de escritura, Barba Jacob esgrime la pluma de un modernismo tardío. *Vida profunda*, el título del volumen, resume dos de sus poemas: “Canción de la vida profunda” y “Nueva canción de la vida profunda”.

Poeta tormentoso, pareciera que las catástrofes lo perseguían: fue cronista de las inundaciones del Monterrey de 1909 y del terremoto en El Salvador, en 1917, del que escribió un extenso reportaje publicado en la prensa de ese país y editado en Colombia por Villegas Editores.

La selección de textos que nos ofrece la compiladora es representativa de la poesía del poeta colombiano, ya que incluye las líneas principales de la poética de Barba, como son el amor, el sufrimiento y el dolor ante la vida que pasa.

Otro autor de culto es José Alvarado. Esa simbiosis que logra hacer entre el periodismo y la literatura le dan un sitio de honor en las letras del país. De espíritu agudo y bohemio, su capacidad para observar la vida cotidiana arropa sus textos con una atmósfera de recuperación de momentos de los cuales hasta ahora sólo la poesía había tomado como propios.

Nada le es ajeno al periodista. Las historias que integran *El bolillo escéptico* recogen con profundo sen-

tido poético, ojo crítico y una intencionalidad de dar vida propia a objetos inanimados, el entorno de una realidad que por cruel que parezca es tratada con sutileza y sentido del humor. Tal es el caso del texto que da título al libro y que abre fuego desde las primeras páginas.

Alvarado se acerca al pan de muertos, a las banderitas de septiembre, a la lluvia, al frío, a las mujeres de tierra adentro —en una evocación claramente lopezvelardeana—, a los ancianos, a los camiones y a la vida de la calle, del día y la noche. Me parece que Alvarado es un retratista que ve no sólo lo que todo mundo ve sino que se adentra en el alma de las cosas, en el interior de personajes, objetos, calles y ciudades.

El transeúnte, el peatón, tienen en Alvarado una apreciación singular. Se inventa al poeta Filogonio y recomienda desconfiar de los “ciudadanos que hacen goteras artificiales en sus techos... de los que compran audacia en los bazares y... de la estrellas solitarias que en las noches de otoño se dejan enamorar por sus semejantes”. Es la prosa de José Alvarado una prosa limpia y exenta de adornos, con dosis de humor y de sentido humano. Cuando nos habla de las calaveras de azúcar, en realidad nos habla de calaveras de varia condición, apoyándose en el doble sentido del español mexicano. Dice que algunas calaveras: “...se han hecho poner nueva la dentadura para simular sonrisas que ya no les están y no han faltado esqueletos inverecundos que se han hecho aplicar calcio para engañar, en las sombras de la noche, a ingenuas calaveritas alborotadas que se pasan su muerte buscando las zozobras del amor”.

José Alvarado tiene para mucho. La probada que nos da esta edición es casi una trampa, un plan con maña cuya compilación la realizó Genaro Huacal, y que le sirve al lector como introducción a un autor necesario de leer.

Imaginavidas es una selección de cuentos de Irma Sabina Sepúlveda, narradora de acento rural, que fuera becaria del Centro Mexicano de Escritores en los años sesenta. Incluye dos de sus relatos laureados en su momento: “El pajarito triste” y “Agua de las verdes matas”.

La narrativa de Irma Sabina centra su acción en la vida del campo, en el plano de la anécdota, para lo cual se apoya en una estructura tradicional en términos formales. Concedora del habla cotidiana, sus personajes, sin embargo, no caen en el folclorismo simple ni en la imitación a ultranza de modelos de vida de las personas de la vida real; tensa las atmósferas, les agrega una dosis de drama y superstición y a veces busca el final sorpresa.

Pueblos con atmósferas de pobreza, personajes que devienen en la locura, sueños que se diluyen en las costras del tiempo, la narrativa de Sabina Sepúlveda continúa la atmósfera costumbrista de la narrativa no urbana, cada vez más en desuso.

En *Miraje de Sor Juana* de Francisco M. Zertuche, compilado, al igual que el anterior, por Gisela Carmona, reúne artículos aparecidos en sus primeras versiones en periódicos universitarios y cuyo eje es Sor Juana Inés de la Cruz. La poesía, algunos aspectos de la vida de Sor Juana, entretelones relacionados con sus biógrafos, la religión, el tiempo y la circunstancia en la que lleva a cabo su empresa intelectual, son abordadas por la pluma de este entusiasta promotor y ensayista universitario.

Por último, en *Teodicea*, Agustín Basave Fernández del Valle nos acerca a la esencia de la filosofía, nos hace reflexionar sobre su utilidad, el ser y el quehacer del filósofo, la filosofía como forma de existencia, así como los compromisos de esta disciplina para con la sociedad.

Hay una afirmación de Basave que me llama la atención porque pareciera

que está hablando de la poesía contemporánea: “La filosofía es, en mucha parte, hija del asombro”.

El campo de las ideas, la abstracción del pensamiento, la idea de Dios como salvación, temas en que la filosofía nos plantea una problemática cuya discusión no termina. El autor expone con lucidez y nos documenta sobre un tema que la agenda de las humanidades no debe dejar fuera.

Habría que agregar que a esta colección —editada por la Secretaría de Extensión y Cultura de la

UANL, a través de su Dirección de Publicaciones— no le estaría de más agregar una nota introductoria que ubique al lector en el tiempo y la circunstancia en la que se gesta la obra. Nota para la cual no bastan las solapas, ya que se requiere un texto, aunque sea breve, que le permita al lector tener una idea más amplia respecto al autor y a los textos a los que se enfrenta.

Margarito Cuéllar

de quien lo lee, pero lo mantiene presente en el fondo de la narración y no lo muestra sino sorpresivamente en las cinco o seis palabras finales del cuento”.

Y Ordorica además consigue, con la historia que aparece, tensión en sus cuentos, nos mantiene al filo de la página; qué va a pasar, nos preguntamos línea a línea, el autor no nos abandona jamás. Sus cuentos se sostienen tirantes de principio a fin.

El campo de la realidad es un universo tan amplio y abierto como se quiera o se pueda imaginar. El escritor es hermano del ilusionista y su arte consiste en hacer visible a los demás su mundo interior; pero debe hacerlo, como en *Saldos de cielo y tierra*, de forma íntima, discreta, sin la estridencia de lo evidente.

Para crear ficción hay que recorrer las veredas de la persuasión y de la identificación. Quien lee literatura de ficción acepta de antemano la conexión extrasensorial entre gemelos, los nahuales, Pegaso, la virginidad y demás imaginaciones existen. Pero detrás de estos prodigios creados, cada escritor esgrime su propio prodigio y de éste tiene que convencernos. Ordorica lo logra al crearle pasados a sus personajes, que se notan preconcebidos más allá de lo que nos cuenta, como hace el buen creador moderno; él inicia sus historias en un momento en que el conflicto ya está presente, pero a través de saltos al pasado o acotaciones certeras vamos conociendo las carencias que hacen que sus protagonistas tomen tales o cuales decisiones, y se hundan ineluctablemente en la tumba del deseo cavada por ellos mismos.

Los cuentos de Ordorica quieren enfrentarnos con lo insólito, sumergirnos en el rigor del infierno, en la excelencia de una mirada: hacernos llegar a ese tipo de situaciones fronterizas irremediables que determinan a diario nuestras vidas. Porque el clásico “...y vivieron felices para siempre”, con que concluyen los

Acercas del *cuento* y del *cuentista*



TÍTULO: *Saldos de cielo y tierra*
AUTOR: Alejandro Ordorica
EDITORIAL: Miguel Ángel Porrúa
AÑO: 2006

Ordorica nos hace entrar al juego de los contrarios: los polos opuestos se atraen, pero las leyes físicas son mucho más estables que las humanas; nuestras decisiones siempre son sorprendentes y complejas, características que Ordorica supo aprovechar para echarse un clavado desde una alta plataforma en las obsesiones humanas.

Los personajes de Ordorica, por más laberínticas vueltas que den, encuentran su destino. Si el cuento moderno se caracteriza por contar dos historias, una que aparece

durante todo el relato y otra que en momentos salta como un delfín que se nos escabulle de entre las manos para al final lucir plena, Ordorica aprovecha esta condición para sorprendernos en cada relato. Los personajes deambulan, parece que toman decisiones, dan giros inesperados pero, por lo regular, al final, abren la puerta de su destino ineludible.

El cuentista Juan Bosch escribió al respecto: “El cuentista esconde el hecho a la atención del lector, lo va sustrayendo, frase a frase, de la visión

cuentos tradicionales, sugiere que vivir felices no es, en primera instancia, algo digno de ser contado. Lo que se cuenta es el conflicto; por lo tanto el cuento está enraizado en el dolor, en el perpetuo vaivén de las emociones que nos toman por sorpresa en el diario transcurrir.

Si bien los cuentos de *Saldos de cielo y tierra* podrían ser clasificados como cuentos realistas, no dejan de tener sus toques fantásticos que logran, irónicamente, enraizarlos aún más en el dolor nuestro de cada día, porque en un cuento, si se tiene que hacer sufrir al lector para llegar a las profundidades del tema, no importa: igual ello lo llevará hasta un camino de placer subterráneo. Ordorica, como buen cuentista, nos hace descubrirnos sadomasoquistas, llegamos al placer por medio del sufrimiento del otro y también, en cuanto nos identificamos con los personajes, a través de nuestro propio dolor.

Aunque en los cuentos de Ordorica se prepondera la anécdota sobre cualquier otra posibilidad, es en la creación de atmósferas donde el autor se muestra pleno. Ordorica sabe darnos la luz, la oscuridad, los olores y los sabores de cada una de sus historias. Consigue, con elementos mínimos, que la escena se fije en nuestra imaginación, la presencia de un tren viejo y descuidado como una caverna en movimiento, con su oscuridad acalorada y su sonsonete tranviario, la mirada de una muchacha de pueblo y los besos en penumbras, nos sumergen en el micromundo del relato de manera que lo que le pase a los personajes es lo de menos, si logramos acercarnos a ellos, a sus atmósferas y sensaciones.

Cortázar afirmaba que con una buena atmósfera se tiene ganado un treinta por ciento del cuento. Una atmósfera bien elaborada contribuye a hacer más eficaz la historia y nos da muchos datos, sensaciones, recuerdos, tiempo, espacio, sentimientos,

Ordorica, como buen cuentista, nos hace descubrirnos sadomasoquistas, llegamos al placer por medio del sufrimiento del otro y también, en cuanto nos identificamos con los personajes, a través de nuestro propio dolor.

condición social, costumbres, suspenso; en sólo unas pocas palabras. Y Ordorica sabe bien cómo hacerlo.

En “cuentoagotas”, por entre basura y escombros, somos transportados por el olor a tierra sucia y maloliente, fruta podrida y restos de botellas de vino, al mundo de un hombre de cuarenta años que en los márgenes de la ciudad va llevando una vida monótona en la ilimitada inmundicia con su zapatos viejos sin agujetas, nos sentimos cerca de él, hasta logramos en una extraña mimesis sentirnos el personaje mismo y encontrar en un manojito de hojas unidas por una grapa oxidada una puerta de escape hacia la intriga, la ilusión y la ensoñación.

En el texto “Especialidades” logra transmitirnos la terrible frustración y la impotencia, que la caravana de especialistas provocan en un hombre enfermo y seguir con trabajos la interminable lista de torturas especializadas a las que ese pobre hombre tiene que someterse no sin dejar la mitad de sus ahorros en manos de gastroenterólogos, cardiólogos, neurólogos, oncólogos, urólogos, neumólogos y, por qué no, ya para no dejar, hasta psicólogos, nos hacen recordar el mundo fragmentado y desquiciante en el que vivimos.

Cada texto contiene una atmósfera y ambiente propios, acercarnos a los personajes y sus particulares situaciones no es difícil cuando el autor generosamente nos provee de esos pequeños detalles que logran

hacernos sentir como en casa; así, pues, el lector no es un espectador externo y distante cuando lo envuelven el olor de unos raleigh sin filtro, unas copas de tequila viejo, la luz de una lámpara como escarabajo luminoso, la brillante peluca roja de una mujer linda vestida en bikini de oropel. El autor logra de este modo adentrar al lector en los mundos creados a través de su palabra y su imaginación.

He sido testigo de cómo Alejandro fue limpiando sus historias, arrojándolas con cariño hasta dejarlas listas para su publicación. Son cuentos maduros de un escritor minucioso. Llenas de malicia literaria, profundidad y humor. Ordorica parece replantear los diez mandamientos y abrirlos en un abanico de ingenio para decirnos: No fornicarás con mujeres que parezcan cachalotes; no amarás al tореo por encima de todas las cosas; jamás confiarás en extraños, aunque se digan tus primos lejanos; no desearás al cowboy de un anuncio publicitario; no le mentirás a la mujer que besas en la oscuridad; santificarás las fiestas volando en las alturas; no te aprovecharás del otro, asesinando su deseo... Después de leer *Saldos de cielo y tierra*, queda la sensación de que somos el personaje de un cuento, de un cuento de Alejandro Ordorica.

Guillermo Samperio

La brevedad

ELOCUENTE

TÍTULO: *Necrologías*

AUTOR: Antonio Ramos

EDITORIAL: Universidad de Guanajuato

AÑO: 2006



Los dos libros anteriores de Antonio Ramos, *Todos los días atrás* y *Dejaré esta calle*, son libros que aluden al pasado. En ellos están, de algún modo, las historias de la calle de la infancia de Toño en la colonia Moderna, en Monterrey. Ante esto, el título *Necrologías* resulta inesperado y despierta inquietud porque remite a la muerte, a lo oscuro; sin embargo, la confianza en la lectura surge de inmediato. Se trata de una miscelánea, pequeñas reflexiones sobre diversos temas, además de unos pocos poemas que este narrador se dio el permiso de incluir. De entrada las *Necrologías* exhiben su carácter lúdico con inteligencia y uno puede darse cuenta de que este autor cada vez logra decir con mayor naturalidad cosas terribles o profundas o curiosas o cotidianas, o todas ellas, con humor.

Así como se encuentra un poema con el folclórico motivo del chicozapote, en *Necrologías* se reflexiona sobre la experiencia de las relecturas, se habla de los 18 mil pesos mensuales que se otorgan en las becas del Sistema Nacional de Creadores, de la muerte, mucha muerte, de la necesidad de al-

guna vez agarrarse a golpes a alguien, de libros, de la investigación del cadáver de Lady Di, en fin. Y más que temas diversos, en las *Necrologías* está la necesidad de la palabra, de captar cualquier acontecimiento por pequeño o insignificante que parezca, dotarlo de sentido poético, o bien, de una dosis de vísceras y provocación, y al final, devolverlo como un pequeño misterio develado.

La división en libros —y no capítulos— de las *Necrologías*, que son cinco: Libro primero: De las necrologías del cuerpo; Libro segundo: De las necrologías del deseo; Libro tercero: De las necrologías de la escritura; Libro cuarto: De las necrologías de la muerte; y Libro quinto: De las necrologías de la ficción, recuerda las estructuras de libros que se usaban antiguamente, como si cada libro fuera una lección sobre ciertos temas fundamentales, y el tono del discurso es como si el autor se dirigiera a una pequeña audiencia —de ahí la intimidad que se siente en la lectura.

Al saber que algunos textos de este libro habían salido del blogspot

de Toño, fui a verificarlo y encontré que sí; sin embargo, se trata de versiones distintas; una vez en miras a publicarse, se hicieron modificaciones en beneficio de las *Necrologías*. (El fenómeno del blogspot suscita polémica; virtudes y carencias se desprenden de este nuevo medio para la escritura. Este hecho y el que se derive en libros, como pudo suceder en este caso, nos habla de que, de cualquier manera, es un fenómeno que se está filtrando en los tradicionales medios de expresión, gústenos o no). Estos textos están hechos para leerse en una sentada, por lo general son breves y contundentes. Una vez juntos los cinco apartados que aquí se llaman libros, hay otro efecto, el efecto que sólo el libro produce cuando se ha pensado sobre su estructura, sobre su orden, su tono, su unidad. Y las *Necrologías* podrían ser las reflexiones que Toño no ha volcado aún en sus cuentos; me arriesgaría a decir que reunió y le dio orden a aquello que no se ajustaba al cuento o a la novela —que de cierta manera son géneros más celosos— para ofrecernos este buffet que, además de muerte, contiene mucha vida.

Un asunto que llama la atención es que en este libro (excepto por la parte final, la de la ficción) la voz es definitivamente la de Antonio Ramos, la del autor como persona, quien ha escrito otros libros en los que usa narradores y demás técnicas, y quien esta vez dice “yo digo”, “yo pienso”. Nadie se pondrá a identificar las voces narradoras o a analizar la estructura de una trama (excepto en el Libro quinto); en cambio tendremos un poco de intimidad, un involucramiento casi inmediato con asuntos que pertenecen a todos y sin esfuerzo de ajustarlos a nuestra realidad. Acaso el diálogo que se abre en torno a la escritura, al oficio de escribir, podría no serles familiar a los lectores que no sean escritores, pero sí dejaría una idea bastante clara de una dimensión de la escritura:

el escritor reflexionando sobre su propio oficio.

Con este libro confirmo la idea de que Toño Ramos siempre ha tenido la necesidad de ser entendido por un público poco asiduo a la literatura, a pesar de no perder la oportunidad para referirse a las grandes novelas o a los grandes autores. Es decir, me parece que ha tenido la necesidad de ampliar su público; se trata de necesidades de expresión, de “darse a entender”, y de reconocer o retribuirle un tanto a la calle, a los vecinos, a los amigos, a los paseos ciudadanos, a toda esa gama de gente que convive y que en apariencia ejecutan lo ordinario de la vida de una ciudad, pero con una mirada que disecciona esta vida silenciosa y común, y la regresa diciendo que sí contiene algo; es decir, en las acciones poco profundas, donde alguien piensa que no pasa nada o todo es igual, ahí se encuentra la magia.

En esa necesidad de hablar sobre cosas sencillas, descubro una intención de hablar sobre lo esencial, lo

primario, hablar del valor emocional de las cosas detrás de lo convencional. Por qué no sorprenderse de que los brazos terminen en manos en lugar de pensar en las deudas; o encontrar belleza en el movimiento de una grúa y en las varillas de un edificio en construcción. Toño se detiene en esas insignificancias y el resultado es conmovedor, es sentirnos humildes y felices de descubrirnos participando de esa supuesta insignificancia.

Los tres relatos que conforman el Libro quinto: De las necrologías de la ficción, son la captura de una acción que los concluye, la captura de los actos que no se cumplen, de la entrega al letargo del momento como si fuera esto el heroísmo de los personajes, la metáfora de la muerte anticipada a una realización. El narrador tiene pensamientos como pequeñas digresiones o acotaciones que se combinan con otras de la misma naturaleza, y sin embargo continúa el desarrollo de la trama de forma casi imperceptible. Hay una manufactura fina en estos relatos de tal modo

que simultáneamente está contando varias situaciones —mentales o de acción— y en esos susurros paralelos se crea una atmósfera especial que suele dejar al lector con una sensación que por principio no se sabe qué es, pero que está comunicando algo adicional, como si el cuento tuviera un estado de ánimo que no sabemos explicar y sin embargo está presente con fuerza.

Este es un libro modesto pero con un desenfado en el decir y una honestidad, que casi deja de ser modesto, porque con ello demuestra que puede tocar asuntos sencillos y cotidianos con una habilidad para hacerlo de manera entrañable.

Necrologías, aunque echa mano de la brevedad, es elocuente, y esa elocuencia se logra al comunicar con claridad el goce de las tantas muertes cotidianas que nos reviven.

Carolina Olguín

Carta a una poeta griega

Querida amiga: Como ya es usual los fines de semana, la flojera impone su dominio y no importaría dejarme llevar por la desidia si este domingo sólo pudiera dedicarlo a ver el partido de México contra Costa Rica o a escuchar, bajo los efectos de un *merlot* chileno, a Lény Escudero: mi más reciente adquisición musical de cibernauta bucanero. Recordando a Cesare Pavese, me digo: *Non c'è cosa più amara che l'inutilità* y para evadir esta amargura busco cosas más provechosas que realizar; por eso, me dispongo a responder su amable misiva y más

tarde a apuntar mis impresiones sobre el libro de un amigo, si es que no quiero quedarme en el estrado mudo como iguana en un acantilado.

Bóreas y el Sol, así se titula el poemario, es pequeño pero sustancioso: se trata de la primera entrega de su autor y según mi modesta opinión, está bien cultivada, su jardinero se llama Francisco Javier Serrano y su debut sólido, creo yo, se debe principalmente a la prudencia de serenar, reposar y elegir sus mejores frutos antes de exhibir su cosecha públicamente. Por otro lado, pienso resaltar en mi



TÍTULO: *Bóreas y el Sol*
AUTOR: Francisco Serrano
EDITORIAL: Posdata
AÑO: 2007

escrito que aplaudo su entereza de ocupar su conocimiento e ingenio para incursionar en la literatura sin pedir permiso a críticos y a académicos dentro de un medio hostil a la creación genuina donde reina la falta de estímulos, el oportunismo y la ignorancia; donde los funcionarios públicos, por lo general, fomentan un arte frívolo, elitista y sin compromiso a la medida de los intereses de los magnates industriales y financieros que siempre se han caracterizado por procurar el embrutecimiento de los ciudadanos que sobreviven entre la explotación y la miseria en las urbes que crecen planificadas por sus sistemas de control opresivo.

El libro está formado por 14 textos cortos; antes de su edición le oí decir algunos de memoria a Francisco. La divulgación oral de su poesía es una de sus cualidades, y no sólo se sabe la suya, porque una vez entre una cheve y otra en un bar de cuyo nombre no hace falta acordarse, en inglés, tuvimos el agrado de escucharle uno de

los cuartetos de T. S. Eliot. Debido a mi ignorancia de ese idioma yo no entendí nada, pero otros de los borrachos que ahí estaban y viven en Londres aseguraron que su pronunciación era correcta.

En el conjunto de *Bóreas y el Sol* se puede apreciar con claridad una influencia de Quevedo, Góngora y Lope de Vega y la disciplina de estos poetas en cuanto a métrica y rimas es tomada en cuenta por Serrano, pero su léxico y temática son muy distintos, no le dice a los relojes, relojes; a los calzones masculinos, griguescos o a las putas, tusonas, porque el lenguaje de sus escritos es igual al que hablan en los lugares donde respira, bebe, trabaja, ama, reposa o se desvela, y cuando traza sus palabras, a base de sustancias líricas, con alquimia efectiva, consigue transformar en belleza la atmósfera ruinoso, contaminada y violenta de esta ciudad *enjoyada de mendigos*, como bien define a Monterrey Samuel Noyola en su *Nocturno de la Calzada Madero*.

Bueno, querida Safo, como ve ahora no me sirvió de confidente, dejé para la próxima carta la continuación de mis confesiones de viejo mañoso y me dediqué a referirle los atributos creadores de uno de mis amigos. Por favor suplique a Dioniso que lo proteja en sus libaciones, que son muy largas y frecuentes, y cuando usted ande de farra con sus pupilas en los bosques de Mitilene, acuérdesse de él, y como lo hace conmigo pida a la luna de Lesbos que ilumine y oriente su sendero para que, como quiere el poeta chileno Jorge Teillier, este joven imaginero, con fidelidad y entrega siga luchando contra el universo que se deshace y en esa lid no se deje tentar por valores que no sean poéticos, porque de nada vale dedicarse a escribir versos si en nuestra vida diaria somos personajes antipoéticos.

Suyo como siempre.

Guillermo Meléndez

